

Liderazgo poscovid

Paul Giggs, un profesor británico, asumió a los treinta y cinco años la dirección de una prestigiosa escuela en el barrio londinense de Chelsea. Su primer acto en el cargo fue escribirse una carta a sí mismo, que prometió abrir treinta años más tarde. Cuando finalmente se cumplió la fecha señalada en el sobre, Paul rasgó uno de los extremos y desdobló la amarillenta hoja:

«Estimado Paul, hoy cumples sesenta y cinco años, y ya es hora de traspasar la responsabilidad de director a una persona más joven. Sé que mientras lees estas líneas vas a creer que ahora mismo no hay nadie que pueda reemplazarte, que la escuela no conseguiría funcionar sin ti un solo mes; pero te conozco bien, no te dejes confundir por esa propaganda de autoexaltación. Vamos, acepta tu propio consejo y busca de inmediato un sustituto. Con el afecto de siempre, Paul».

El señor Giggs, más que una carta, había redactado una profecía, pues se sentía exactamente como lo mostraban sus propias palabras. Sin embargo, respiró hondo y decidió acogerse a una recomendación que llevaba treinta años aguardando en el fondo de una gaveta. El coronavirus ha legitimado o puesto en entredicho la gestión de todos nuestros líderes. Desde presidentes o representantes de organizaciones internacionales, hasta alcaldes, concejales, directores, administradores, gerentes y, por supuesto, pastores.

La iglesia a nivel mundial (y local) padece

una marcada decadencia y aunque nos gustaría que Cristo también cargara esa culpa, lo cierto es que muchos de nosotros tenemos una buena dosis de responsabilidad. Tal como sea el pastor así será la iglesia. Y me gustaría añadir, tal como sea el liderazgo así será la iglesia.

Los pastores poseen una misión asignada directamente por Dios. Como capitanes deben conducir la iglesia a puerto seguro, y en caso de naufragio, ser los últimos en saltar sobre los botes salvavidas. Hay líderes, que no son precisamente pastores, pero se aferran con uñas y dientes a cargos y responsabilidades que se les han oxidado en las manos.

Cuando una iglesia muestra síntomas de apatía y decaimiento hay que renovar su liderazgo. Sin miedo. Líderes, no teman pasar su bastón de mando a otras manos, es importante terminar la competencia corriendo fuerte. Los nuevos tiempos exigen nuevas maneras de liderar, si sabes que tu odre no soportará el vino nuevo, no intentes remendarlo, cede tu responsabilidad y conviértete en un consejero.

Escribe hoy tu propia carta poscovid, viene ya el tiempo de leerla.